

EPÍLOGO.

No cabe dudarlo: el género humano, al entrar en era como el Renacimiento, en la plenitud, no estaba, no, á sus anchas dentro de la tierra conocida y antigua. Todo se le volvía, pues, llamar con repetidos golpes al anillo de límites que por Oriente y Occidente achicaba el planeta, envolviéndolo con el mar tenebroso de sombras espesísimas y con las supersticiones arraigadas y universales de insondables misterios. Renovar la vida y completarla, tanto extendiéndola en lo pasado como preparándola para lo porvenir: he ahí su empeño entonces, en el cual se perfeccionaron las artes al punto de competir con la clásica Grecia; se constituyó el saber así en intérprete de la olvidada Historia como en revelador de la desconocida Naturaleza; y mientras por un lado se animaban las ruinas y revivían las estatuas, extendiendo el tiempo, surgían por otro lado islas, archipiélagos, continentes, dilatando el espacio. Para esta obra los anticuarios y los eruditos buscaban todos los átomos acumulados en los escombros antiguos, gradualmente convertidos de particulillas oscuras y frías en moléculas solares por lo ardientes y por lo luminosas; engrandecían y animaban los artistas el cuerpo humano, desvistiéndolo del sayal de su penitencia y encumbrándolo hasta la perfecta hermosura helénica; sondeaban los filósofos de las universidades y los reformadores de las Igle-

sias lo infinito espiritual, mientras los astrónomos sondeaban lo infinito material, en requerimiento los unos de ideas nuevas, los otros de nuevos astros; y los descubridores extendían bajo las quillas de sus naves el mar en la inmensidad y completaban á una con los hallazgos de nuevos hemisferios y nuevas constelaciones el cielo. Nada prueba tanto la unidad del planeta nuestro como la unidad del género humano, como la unidad del Dios pródigo y bueno y criador, cual esta identidad de tantos genios opuestos, esta concurrencia común de tantas voluntades diversas ó contrarias, esta idea universal reinante sobre las almas reveladoras, al extremo de hacer lo mismo en el fondo Jerónimo Savonarola desde su convento, Isabel I desde su palacio, Miguel Ángel desde su taller, Copérnico desde su observatorio, Colón desde su carabela. No contiene sólo aquella sabia hipótesis, decorada con el nombre de Laplace, la suma de probabilidades conducente á explicar cómo se forma en el infinito de los siglos un sistema solar: contiene también aquella suma de probabilidades conducente á explicar cómo se forman en el infinito de los espíritus las ideas, y cómo luego se cuajan y se cristalizan y viven á una dentro de la realidad, siempre impura y angosta siempre, sobre todo cuando se la compara con lo ideal y con lo iumenso del humano pensamiento. Á medida que más luminoso aparece un ideal, por más encendido, es menos habitable. La materia, radiante, difusa, esparcida en el espacio, va por el movimiento y por el tiempo enfriándose á grados y constituyendo, como el vapor acuoso incierto que se condensa en gotillas de rocío, esas gotas de luz á que llamamos en la pobreza del humano lenguaje mundos y soles.

Pues algo semejante pasaba con las nociones diversas respecto de una nueva creación esparcidas en el universal humano espíritu cuando alboreaba el siglo décimoquinto, quien debía comenzar con escuelas náuticas como las de Amalfi, Pisa, Génova, Mallorca, Barcelona, Segres, y concluir con invenciones como la invención de América por los españoles, que revelaba

el extremo ignorado Occidente, y con reencuentros como el reencuentro de las Indias antiguas por los lusitanos, que volvía de nuevo á evocar el extremo Oriente, completándose y redondeándose así nuestro planeta para tomar divino movimiento en el espacio y ser como un astro más en la celeste inmensidad. Pero si la gente de oficio nauta, maestra en las técnicas artes y en las prácticas complejas de marear, hacía esfuerzos materiales para ir allende los límites y fronteras del mundo conocido; la gente de sabiduría teórica buscaba en la erudición y en las letras los indicios reveladores de todo cuanto se iba requiriendo en el mar. Parece imposible la cosecha encontrada sin esfuerzo, y al menor estudio, de indicaciones antiguas, oralmente transmitidas por la tradición ó fijadas en los libros, respecto del nuevo mundo, destinado á completar el antiguo. Las Casas, Oviedo, Acosta, Herrera y otros, no se cansan de referirlas con mayor ó menor exactitud. Mi querido compañero D. Francisco Fernández y González, á quien las letras y las ciencias deben trabajos de primer orden, que le han abierto las puertas de nuestras Universidades y Academias, donde brilla tanto, siguiendo el estudio de los factores indicativos que señalaban, como por adivinanza y presentimientos, nuevos mundos en las letras clásicas y orientales, ha hecho con su porfiadísimo trabajo verdaderos descubrimientos y aumentado con varias noticias novísimas lo ya recogido con tanto esmero y catalogado con tanta competencia por Alejandro Humboldt. Leyendo las obras de este grande hombre así como los apuntes manuscritos que debo al amistoso afecto de mi sabio amigo, heme penetrado más y más de que la invención del Nuevo Mundo se halla en la Historia por una serie tal de pensamientos y de trabajos apercebida, que surge, al término de tan gigantesca evolución, en la edad conveniente y propia de su invención, un revelador, tan preparado en el tiempo y en el espacio por los hechos lógicos y providenciales, como fueron preparados y apercebidos á sus sendas obras de revelación el filósofo que vino á revelar la conciencia y la razón en

el seno de Grecia y el Redentor que vino á revelar el Verbo y el Espíritu de Dios á la hora designada por los Profetas en el reloj de la eternidad, y á satisfacer la sed inextinguible de verdad y de bien, sentida por nuestra especie toda en sus aspiraciones indeliberadas á lo infinito. Al modo que la materia radiante y difusa en soles se condensa; y los soles despiden planetas, que ruedan luego en torno del disco solar; y los planetas, por el movimiento y por la irradiación, después de haber tomado, como el sol, forma esférica, se enfrían y se tornan vivificadores de organismos, y, por ende, habitables; las ideas, provenientes de muchos genios y difusas en muchas generaciones, van, á la oportunidad de su realización, encarnándose por sucesivas gradaciones en sus Verbos reveladores, que luego se llaman Sócrates, Cristo, Copérnico, Colón.

Pero veamos la confirmación de mi tesis en los presentimientos y anuncios del Nuevo Mundo encontrados entre muy remotos escritores, así de diversos tiempos como de diversos países. Posidonio, citado por Estrabón, ya conjeturaba ser la longitud en el planeta nuestro de lo habitable unos 70.000 estadios, mitad del espacio que compone la circunferencia, en el saber y sentir suyo, por lo cual asevera que «si uno navegase desde Poniente, con soplo Euro, igual número de estadios, arribaría por necesidad al país de los indios.» Posidonio había viajado muchísimo y hecho cálculos que lo colocan entre los Bautistas de las ciencias físico-matemáticas modernas. No se necesita estudiar á fondo la historia del pensamiento y su desarrollo para saber que había confusamente sentido el influjo de nuestro satélite sobre las mareas y anunciado con exactitud matemática la distancia entre nuestro globo y el sol. No fué Diodoro de Sicilia tan maestro en las ciencias de observación como Posidonio. Fuera de los espejismos, observados por él en Egipto, y tenidos hasta nuestros días, que los observó Monge, por engañosa fábula, Diodoro no ha traído aportación alguna otra, que sepamos, á la física. Sus *Historias*, de las cuales hanse perdido algunos libros, más bien se

hallan inspiradas por una sabia metafísica que por las ciencias naturales ó exactas. Y, sin embargo, en el segundo libro de ellas describe con hechizo de novelador el maravilloso encuentro con una isla, muy propio para despertar atención é interés en cuantos buscan los rastros esparcidos en el antiguo mundo de anuncios y profecías del nuevo. Viajaba un tal Jambulo, comerciante, desde Arabia y sus costas á las costas y puertos del país de los Aromas, cuando su nave fué por unos piratas etíopes de súbito cogida y á buen recaudo puesta en isla, desde donde los mandaron hacia unas ignoradas tierras al Mediodía sitas, á las cuales diputaban cada treinta años unos expedicionarios que, si en el mar se perdían ó retornaban atrás por miedo á lo largo de la navegación, esparcían toda suerte de plagas al regreso; pero si arribaban y traían después noticias de haber allí departido largo tiempo con las gentes felices é inocentísimas, traían seis consecutivas centurias de felicidad bienhadada y profunda. Y no se contenta con esto, sino que describe una región frente al África, en el ocaso extremo, invenida por los fenicios tras un temporal deshecho, y oculta largos tiempos entre los cielos y los mares por su reserva y su silencio, para que nadie interrumpiese con inoportunas visitas tanta paz, ni aprovechase con avaricia sus riquezas. Una casi prehistórica guerra, luengos tiempos atrás empeñada entre cartagineses y etruscos, atribúyela Diodoro al esfuerzo de los últimos por acercarse al bienaventurado paraje y en la resistencia de los primeros á consentir la divulgación del secreto que les confiaran sus padres, los fenicios. Bien es verdad que Posidonio y Diodoro escribieron cerca ya de la venida del Redentor, como que fueran maestros de Cicerón el primero, de César el segundo; pero Aristóteles, mucho más antiguo, en cierto volumen, octogésimocuarto capítulo, que titula «Maravillas de oídas», refiere ya la prohibición hecha por los cartagineses á todo conato de viaje hacia tales regiones y conmemora la pena de muerte infligida sin piedad á cuantos desobedecieran y olvidaran la secular defensa. No hablemos de las tierras atlántidas,

por lo mucho que las hemos en el cuerpo de la obra mencionado, pero hablemos de noticias coetáneas con las dadas por Platón á este respecto, como las de Teopompo, quien, citado por Eliano en sus *Historias Varias*, dice parecerle tres islas África, Europa y Asia, como rodeadas por la corriente del Océano; siendo, en el pensar y sentir suyo, el único verdadero continente aquel que se halla de la otra parte oculto, el cual alimenta hombres de superiores estaturas á las nuestras, cuya vida también es de doble duración, y tan sobrados de oro, que lo tienen, á virtud de su abundancia, por metal inferior al hierro. ¿Os extrañará la sabia profecía de Séneca, no ciertamente singular, anunciando América, y la descripción de Thule, por Focio hecha, que presenta en forma de romance ó fábula mil especies de ideas, las cuales tienen con América congruencia?

Y si en las letras clásicas se hallan todos estos indicios, no los hay menores en las letras orientales. Uno de los más conocidos, entre los tratados arábigos, es la Enciclopedia, que se llama *Praderas de Oro*, publicada por el editor Meynard en París el año 61. Por su tomo primero da el curioso lector con esta curiosísima noticia, fijada lo menos ahora mil años ya, en el siglo décimo: «Cierta español, nos dice, llamado Iaijis, caballero en la opulenta Córdoba y mozo, hirviéndole su sangre noble en las venas, y anheloso de gloria, conjuró varios compatriotas de su edad, tan ardientes y desapoderados como él, á que le siguiesen; y zarpando de Andalucía con ellos, engolfóse por el mar de las Tinieblas, donde les cupo navegar mucho tiempo y mucho espacio, hasta que volvieron sin decir desde cuál punto venían, locupletos de copiosísimas riquezas.» No menos curiosa es la historia de otra exploración del Océano, referida el siglo duodécimo por autor tan conocido y consultado como Edrisi. Pertenece á la dinastía de los edrisitas; educado en las escuelas de Córdoba; maestro del célebre Roger en Sicilia; sus noticias respecto de africana geografía, compuestas hace ochocientos años, publicadas en Roma por los comienzos del siglo

décimosexto, traducidas al francés, en este nuestro siglo pasan por exactísimas, é industrian hoy en ciencia del continente negro á todos aquellos que requieren la Nubia y la Etiopía. Describiendo Edrisi la gran ciudad ibera que se asienta en la desembocadura del Tajo, interesante ya por aquella sazón, habla mucho de una calle que se llamaba de aventureros por componerla y poblarla ciertos lobos de mar, los cuales no descansaban un minuto en correrías y aventuras y empresas marreantes. Á muchísimas se arrestaron, y de alguna que otra quedaron ciertas noticias de muy amena lectura en el bien informado Edrisi. Con efecto, los aventureros idearon llegar hasta los últimos límites del mar tenebroso. Individuos de una misma familia labraron un barco y lo proveyeron de todo cuanto podía necesitar y pedir una larga navegación. Aires de Levante los empujaron larguísimo trecho, y á este soberano empuje debieron el abordó en escollos, estriados por los remolinos continuos de olas, que hedían terriblemente. Y como al hedor asquerosísimo se unían las sombras perennes, hurtáronle los aventureros el cuerpo á tal sitio y dieron consigo en la isla de los Carneros, así llamada por verse á cada paso en sus praderas rebaños bien ordenados y nutridos, pero sin pasto. Buenas andanzas creyeron haber tenido con el encuentro de tan gordas carnes, cuando, aguijoneados por su hambre, al querer comerlas, encontráronlas de todo punto corruptas y perdidas. Así aprovecharon únicamente las pieles y se corrieron al Mediodía. Dos semanas llevaban de navegación, cuando toparon en su aventura con tierra bien cultivada, de ciudades bien dispuestas, donde hombres de muchísima estatura y poca barba, con el pellejo encarnado y la cabellera crespá, los apresaron, y de cárcel en cárcel primero, y de singladura en singladura después, los condujeron á un punto lejano en costas apartadas, con las manos ceñidas á la espalda y los ojos cerrados por espesísimas vendas, á fin de que nada pudieran ver y nada noticiar. Por fin, tras haber andado tiempo indefinido é incalculable, aun se hallaban

de Lisboa dos meses, aunque navegasen día y noche, y no les combatieran y contrastaran temporales adversos. Este mismo Edrisi describe la isla de Thule, invocada por Séneca en sus inmortales versos, y dice cómo las guerras echaron de allí sus habitantes y los esparcieron por territorios ignorados y misteriosos. Profundas y extrañas las noticias de Assamarcandi, quien á Ptolomeo comentó en el siglo décimotercio. Cuenta el comentarior cómo Alejandro acostumbraba en sus exploraciones á poner de relieve costas, lagos, montes, ríos, después que recorriera y se apropiara un país. Bajo el imperio de tal costumbre antojósele al conquistador expedir varias naves por el Atlántico, dotadas de torres con cúpulas parecidas á observatorios, al fin de que buscasen los límites del tal inmenso espacio y trajesen verdaderas noticias. Las embarcaciones corrieron paralelamente por vías diversas, aunque llevando todos la misma dirección y rumbo, sin encontrar otra cosa que mar con cielo eternos y en el mar cachalotes y mantas. Ya cansados de andar, discutieron unos con otros acerca de volverse, y corrido nuevo mes en el tiempo y nueva extensión en el espacio, toparon los exploradores con misteriosa nave, tripulada y dirigida de allende á igual objeto que la suya, sí, al objeto de buscar tierra, en opuesto inverso camino, tierra de Oriente. Casaron una mujer de la nave, por el rey oriental expedida, con un hombre de la nave occidental, cuyo matrimonio llegó á generar un hijo sabedor de las sendas lenguas usadas por aquellos que lo habían engendrado. Y así los desconocidos entendieron cómo existía en Oriente un Rey que se llamaba de nombre Alejandro, y los griegos cómo existía, de los mares aquellos allende hacia Occidente, reinos muy extensos con reyes todopoderosos. Andaban estas ideas de las ciencias árabes por tal suerte y manera en los aires y en los espíritus, que las evoca y cita Colón en sus cartas á los Reyes, dando cuenta del viaje tercero, cartas en que aduce para sus tesis el testimonio de Aristóteles, tal como lo halla en los comentarios, denominados por él mismo, de Averruiz, queriendo

probar que nuestro globo es pequeño y nuestros mares cortos.

Pero no solamente se hallan indicios del descubrimiento de América en los libros árabes; hállanse, y muchos, en los libros judíos. Mil veces, durante todo el discurso de nuestra Historia, hemos demostrado qué caso hacía de cualquier noticia encontrada en la Biblia Colón respecto de Occidente y qué partido sacaba del continuo empeño con que los profetas hebreos predecían la extensión del nombre de Dios hacia Occidente. No volveremos sobre cuanto tenemos ya dicho respecto del libro de las *Profecías*, bebido en las fuentes bíblicas por el sublime descubridor. Los escritores rabínicos, dados estos relampagueos religiosos, no podían dejar de tener sumos indicios así respecto del mar occidental, como respecto de las tierras indicadas en sus tradicionales y propias letras, cuando los escritores católicos mismos tanto en ellas se orientaban para inquirir y profesar sus ciencias geográficas. En la carta histórica del tercer viaje, Colón acota varios versículos del revelador libro de Esdras, añadiendo, bajo la invocación y autoridad del Cardenal Aliaco, que lo autorizan doctores y santos como San Agustín y San Ambrosio. Declara Esdras que de las siete partes del mundo, según dicho de Colón en persona, las seis son descubiertas, y la una cubierta de agua; tras lo cual, rectifica un poco lo dicho en otra parte respecto de la pequeñez del globo al par que confirma su yerro perdurable respecto de la brevedad del mar, añadiendo: «En cuanto á esto del enjuto de la tierra, muchísimo se ha experimentado que es mucho más de lo que el vulgo cree, y no es maravilla, porque andando más, más se sabe.» Así los literatos judíos sacan por su parte grandísimo provecho para Israel en esto de libros y anuncios geográficos destinados á esclarecer los mares entenebrados y los continentes misteriosos. Manassech Ben Israel, por ejemplo, nos dice que las diez tribus, conducidas por Salmanasar á cautiverio en tiempo del Rey Oseas, y acampadas sobre las orillas del Eufrates, acordaron entre sí pasar allende, á una región remota, con el propó-